

Cambió el calendario de la historia



Relieve sobre piedra con la imagen de un guerrero, probablemente ibero. Madrid, Museo Arqueológico Nacional.

Segeda. La ciudad celtibérica

De trascendental para la Historia puede calificarse el enfrentamiento que en el siglo II a. c. mantuvo la ciudad celtibérica de Segeda (localizada en los términos municipales de Mara y Belmonte de Gracián) contra la todopoderosa Roma, pues como consecuencia directa de aquel conflicto el calendario romano fue modificado para que el inicio oficial del año fuese el 1 de enero, en lugar del 15 de marzo, como ocurría hasta entonces, quedando así fijado hasta nuestros días.

José Manuel Pastor Eixarch

Equipo Arqueódromo

El conflicto entre las dos ciudades tuvo su origen cuando en el año 179 a. C., en plena expansión romana por la Península Ibérica, la «grande y poderosa» ciudad de Segeda, capital de los celtíberos llamados Belos, llegó a un acuerdo con Roma por el que a cambio de ciertos tributos y el compromiso de no edificar nuevas ciudades en su territorio, el Senado romano mantendría con ella la paz. Segeda conservaría la autonomía de sus instituciones político-jurídicas, su hegemonía sobre las demás poblaciones del territorio que controlaba y su propio sistema económico, reflejado sobre todo en la facultad de poder acuñar moneda con el nombre de la ciudad.

Esta situación de paz se mantuvo a conveniencia de ambas potencias durante 25 años, hasta que en el año 154 a. C. Segeda inició una ampliación de sus murallas (hasta 8 km de perímetro) para acomodar mejor su creciente población y la de sus alrededores, por lo que el Senado romano le reclamó el cumplimiento de lo pactado y que no continuase con la obra. Como la respuesta de la asamblea popular de Segeda fue que el compromiso era de no edificar ciudades nuevas, pero que no incluía el no poder fortificar las ya existentes, Roma le declaró la guerra. Pero los hechos posteriores parecen indicar que el incidente de la muralla no fue la verdadera causa de la guerra, sino el pretexto que Roma buscaba para poder continuar con su política expansionista en la zona, absolutamente segura de su poder y recelosa de la pujanza de Segeda.

Un ejército poderoso

Los preparativos para la guerra fueron extraordinarios. Mientras que anteriormente los ejércitos que se enviaban cada año a Hispania eran de quince mil hombres, en esta ocasión se reclutó uno formado por dos legiones de cinco mil soldados cada una, reclutados entre las poblaciones italianas, más otro número igual de tropas procedentes de los países aliados de Roma y de las colonias del Mediterráneo. Y todavía otros diez mil auxiliares enrolados de buen grado o a la fuerza en las regiones que atravesaría este ejército, uniéndose así contingentes de las zonas costeras y del interior catalán, de las regiones del valle medio del Ebro y del litoral levantino. Se reunieron aproximadamente 30.000 hombres, el doble de lo habitual.

El traslado de todos estos soldados y sus equipos hasta Hispania no podía hacerse por tierra porque los territorios del Sur de Francia esta-

ban ocupados entonces por tribus que todavía eran hostiles a Roma y entre las que se encontraba la de los Ligures. Así que no parece casualidad que justo en aquellas fechas una embajada de Massilia (la actual Marsella) solicitara ayuda a Roma para librar a sus colonias de Antípolis y Nikaia (Antibes y Niza) de los frecuentes ataques de los Ligures, de manera que gracias a su oportuna ayuda militar, Roma se aseguró la fidelidad de estos tres puertos, lo que le era imprescindible para poder trasladar a sus soldados desde el Noroeste de Italia hasta los puertos de las ciudades aliadas de Emporia (Ampurias) y Tarraco (Tarragona). En aquella época se prefería hacer los viajes marítimos bordeando la costa y con escalas suficientes para evitar los peligros del mar abierto y de los temporales.

Simultáneamente a todos estos preliminares, Roma acumuló para la campaña trigo suficiente procedente de Egipto y en los puertos de su aliada Numidia (el norte de Argelia) el rey Massinissa congregó una fuerza de diez elefantes de guerra y trescientos jinetes con sus auxiliares, listos para embarcar hacia Hispania.

La guerra contra Segeda y los celtíberos se había convertido en un conflicto internacional que implicaba a todo el litoral mediterráneo

Inicio del año

Como culminación a estos preparativos, el Senado romano aún tomó dos solemnes decisiones que tampoco tenían precedentes. En lugar de elegir para dirigir la guerra a un pretor, como era la costumbre, se designó a un cónsul, el cargo político-militar de mayor rango que existía en la República, acordándose además que tomara posesión de sus funciones en las calendas de enero del año 153 a. C., lo que de hecho suponía que los comicios se celebrasen el día 1 de enero, quedando así fijada esta nueva fecha como el día en que comenzaría oficialmente el año.

En los relatos históricos no queda claro si este cambio de fechas fue para facilitar los complejos y costosos preparativos o con la intención de alcanzar la victoria antes del siguiente invierno, cuya llegada ponía normalmente fin a las hostilidades. Quizá simplemente quisieron sorprender a los habitantes de Segeda antes de que pudieran terminar sus murallas, como así ocurrió. Éstos, ante la perspectiva de tener que defender una ciudad desprotegida, optaron por pedir asilo a sus «vecinos y consanguíneos», los

Roma, recelosa de la pujanza de Segeda, le declaró la guerra en el año 154 a. C

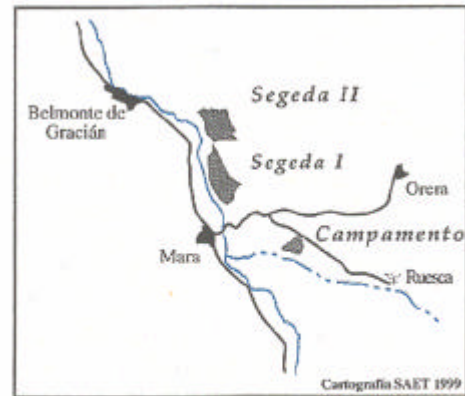


arévacos de Numancia, siendo generosamente acogidos en su territorio, algo que años más tarde le costaría bien caro a Numancia.

Cuando Nobílior llegó con su ejército ante Segeda y en vez de la resistencia que esperaba encontró la ciudad desierta y a su población en retirada, partió inmediatamente en su persecución con la seguridad de poder derrotarlos fácilmente y sin esperar la llegada de los elefantes y los nómadas desembarcados en los puertos del litoral levantino y que debían participar en el asalto a la ciudad.

Pero lo que a Nobílior le pareció una huida desesperada de los habitantes de Segeda, en realidad era un premeditado y bien calculado movimiento táctico para atraer al cónsul a una trampa, pues mientras la población civil de Segeda se refugiaba con tiempo suficiente en Numancia, los ejércitos de las dos ciudades, unidos bajo el mando de Caro de Segeda, atacaron por sorpresa a los confiados romanos en algún lugar indeterminado del camino que lleva desde Segeda a Numancia, infligiéndoles una severa derrota.

De los 10.000 soldados que formaban las dos legiones romanas, perecieron 6.000, sin que se conozcan las pérdidas entre sus aliados y auxiliares, que también debieron ser cuantiosas. Tan solo se salvaron del desastre total cuando intervino la caballería romana para proteger la desordenada retirada de los suyos y en la refriega dieron muerte a Caro, por lo que como solía ocurrir entonces, al perder a su jefe los celtíberos cesaron en la lucha y esa misma noche se reagruparon en Numancia, permitiendo así que los romanos pudieran retirarse.



Situación del área arqueológica de Segeda, próxima a Calatayud.

Cuando tras la batalla llegaron por fin los elefantes, Nobílior creyó que esta vez podría sorprender él a los celtíberos con estas auténticas torres de asalto vivientes y al tercer día atacó Numancia. El efecto fue el que se esperaba y cuando los celtíberos vieron aquellas bestias se replegaron en la ciudad. Pero al iniciar los romanos el asalto de las murallas, ocurrió otro desastre. Una gran piedra arrojada desde lo alto le acertó en la cabeza a uno de los paquidermos y sus barritos de dolor contagiaron el miedo a los demás, produciéndose una estampida generalizada que obligó a los soldados a huir en todas direcciones para evitar la embestida de sus propios elefantes. Viendo el caos que se había creado, los de Numancia aprovecharon para hacer una salida inesperada y pusieron de nuevo en fuga al ejército romano, causándoles otras 4.000 bajas y la pérdida de tres elefantes.

Nobílior encontró refugio en un amplio cerro localizado en Renieblas (Soria), a 7 km de Numancia y allí se atrincheró para pasar el invierno, sin atreverse a nuevos movimientos. Mal preparados para el frío de la Meseta, hechos, sin víveres ni combustible suficiente y con constante vigilia, esperaron la llegada en la siguiente primavera de Marcelo, el cónsul sustituto de Nobílior. Ante la situación que encontró y a pesar de traer tropas de refresco para reponer las bajas, prefirió no continuar la guerra y envió a Roma a los embajadores de los celtíberos, consiguiéndose algún tiempo después una paz provisional que al menos permitió a los habitantes de Segeda regresar a su ciudad.

La Historia no recoge los términos del nuevo acuerdo, pero la moderna arqueología está desvelando que una nueva Segeda se construyó junto a la anterior y que su existencia continuó

Vaso de Terracota siglo III a. C. en forma de elefante de guerra.



Nefasto día de Vulcano

Segeda fue de nuevo la causa de que por segunda vez se modificara el calendario romano, pues la derrota sufrida

por Nobílior fue de tal magnitud que el 23 de agosto, el día de la batalla y en el que los romanos honraban a su dios

Vulcano, fue declarado día «nefasto» y a partir de entonces ningún general romano volvió a combatir ese día por propia voluntad.

con la misma pujanza de antes hasta que desapareció hacia el año 72 a. C. en las guerras civiles romanas.

Con todo, tuvo que recurrir a un asedio de nueve meses para someterla, sin atreverse a atacarla directamente, pues había llegado un momento en que el solo grito de guerra de los numantinos ponía en fuga a los legionarios romanos.

La caída de Numancia marcó el inicio del declive del pueblo y la cultura celtibérica. Al final, la fuerza de las armas de la todopoderosa Roma hizo caer ciudades como Segura y Numancia, entre muchas otras. Su poderosa maquinaria bélica se mostraría más eficaz que la argucia de adelantar el inicio del año. Aun así, el calendario creado por los romanos hace más de dos mil años sigue regulando el paso de los días.

Excavación en Segeda

El año 1998, la Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón encargó a un equipo de especialistas dirigidos por el profesor F. Burillo Mozota la prospección y planimetría del área arqueológica de Segeda con vistas a posteriores excavaciones. Los resultados provisionales de las dos campañas realizadas parecen confirmar los estudios anteriores

según los cuales la ciudad que desencadenó la guerra corresponde a los restos de «El Poyo» de Mara (Segeda I), mientras que los restos existentes en Belmonte de Gracián e inmediatos a los anteriores, corresponden a una ciudad de nueva planta (Segeda II), sucesora de la anterior ya la que se trasladaron sus habitantes, edificada con un amplio foso y murallas de cuatro metros de espesor y un urbanismo predeterminado con calles reticuladas de trazado rectilíneo y manzanas de amplias casas con mosaicos y paredes de estucos pintados. Además, en la partida de «Los Planos» de Mara, muy cerca de Segeda I, los investigadores han encontrado la planta de un campamento militar romano en el que las cerámicas «de importación» analizadas son de las mismas fechas que las procedentes del campamento de Noblior de Renieblas.

«La caída de Numancia marcó el inicio del declive del pueblo y la cultura celtibérica»

Pero además de la importancia de este conjunto arqueológico (ciudad I, ciudad II y campamento romano) y del relevante protagonismo histórico de Segeda, lo que realmente la hace excepcional es que mientras las demás ciudades celtibéricas fueron fundaciones más tardías o desaparecieron al superponerse a ellas poblaciones posteriores, Segeda es el único caso conocido que puede permitir el estudio de dos fases sucesivas y sin superposición de una misma ciudad de aquella época.

Relieve de birreme romano como los utilizados para transportar el ejército que atacó Segeda.



Origen del calendario oficial de occidente

Según la antigua tradición latina fue Rómulo, fundador de la ciudad de Roma y su primer rey, el que inventó en el año 753 a. C. el primer calendario, fecha que se tomó entonces como inicio para contar el tiempo en años desde «la fundación de la ciudad» (*ad urbe condita*). Dividía los años en diez meses: *Martius*, dedicado al dios de la guerra Marte; *Aprilis* y *Maius*, dedicados a la floración y en honor a la ninfa de la primavera *Maia*; *Junius* era el mes de Juno, patrona de las cosechas; y *Quintilis*, *Sextilis*, *September*, *October*, *November* y *Oecember* eran simples nombres de ordinales. Sumaban en total 304 días y el año comenzaba con la Luna del Equinoccio de Primavera en marzo.

Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, añadió los meses de *Januarius* y *Februarius*, el primero en honor al dios romano Jano y el segundo dedicado a los dioses infernales y como mes de las «fiebres», reduciendo además los anteriores meses de 30 a 29 días, dando uno más a enero y dejando a febrero, mes nefasto, con solo 28 días. Eran en total 355 días.

El comienzo del año oficial siguió siendo durante los tiempos de la República romana el *idus* (plenilunio) de marzo hasta el 153 a. C. en el que el incidente de la guerra con Segeda y los celtíberos de Hispania decidió al Senado romano a adelan-

tar el inicio del año oficial a las calendas de enero a fin de facilitar los preparativos de la guerra.

Tras diversos intentos de encajar los meses con los ciclos estacionales y las fases lunares, en el 46 a. C. Julio César encargó a Sosígenes, célebre astrónomo de Alejandría, la reforma del calendario. Repartió diez días más entre los meses, dejando de nuevo a febrero con sólo 28 días, sumando así los 365 actuales más un día extra cada cuatro años llamado «día sexto repetido» o «bisexto», nuestro bisiestro. Para que todo cuadrara, aquel año 46 a. C. tuvo en total 445 días, el más largo de la Historia y conocido como «el año de la confusión» por el desconcerto que creó.

Tras el asesinato de César en los *idus* de marzo, el Senado en su honor llamó *Julius* al antiguo mes *Quintilis* y su sucesor Augusto dio su nombre al mes *Sextilis*, quedando así

básicamente configurado nuestro calendario actual.

Aún se introduciría otra reforma en el año 1582 por el Papa Gregorio XIII con el fin de corregir el desfase acumulativo del calendario juliano y poder seguir celebrando la Pascua en Primavera, suprimiéndose para ello los diez días de desfase que se habían acumulado y pasando el día «intercalari» del bisiestro al mes de febrero.

